PABLO MIKI Y COMPAÑEROS, MÁRTIRES DE JAPÓN EN 1597 (6 de febrero)

Relato del martirio de san Pablo Miki y compañeros, escrito por un contemporáneo

Clavados en la cruz, era admirable ver la constancia de todos, a la que les exhortaban el padre Pasio y el padre Rodríguez. El Padre Comisario estaba casi rígido, los ojos fijos en el cielo. El hermano Martín daba gracias a la bondad divina entonando algunos salmos y añadiendo el verso: *A tus manos, Señor*. También el hermano Francisco Blanco daba gracias a Dios con voz clara. El hermano Gonzalo recitaba también en alta voz la oración dominical y la salutación angélica.

Pablo Miki, nuestro hermano, al verse en el púlpito más honorable de los que hasta entonces había ocupado, declaró en primer lugar a los circunstantes que era japonés y jesuita, y que moría por anunciar el Evangelio, dando gracias a Dios por haberle hecho beneficio tan inestimable. Después añadió estas palabras: «Al llegar este momento no creerá ninguno de vosotros que me voy a apartar de la verdad. Pues bien, os aseguro que no hay más camino de salvación que el de los cristianos. Y como quiera que el cristianismo me enseña a perdonar a mis enemigos y a cuantos me han ofendido, perdono sinceramente al rey y a los causantes de mi muerte, y les pido que reciban el bautismo».

Y, volviendo la mirada a los compañeros, comenzó a animarles para el trance supremo. Los rostros de todos tenían un aspecto alegre, pero el de Luís era singular. Un cristiano le gritó que estaría en seguida en el paraíso. Luís hizo un gesto con sus dedos y con todo su cuerpo, atrayendo las miradas de todos. Antonio, que estaba al lado de Luís, fijos los ojos en el cielo, y después de invocar los nombres de Jesús y María, entonó el salmo: *Alabad, siervos del Señor*, que había aprendido en la catequesis de Nagasaki, pues en ella se les hace aprender a los niños ciertos salmos.

Otros repetían: «¡Jesús! ¡María!», con rostro sereno. Algunos exhortaban a los circunstantes a llevar una vida digna de cristianos. Con éstas y semejantes acciones mostraban su prontitud para morir. Entonces los verdugos desenvainaron cuatro lanzas como las que se usan en Japón. Al verlas, los fieles exclamaron: «¡Jesús! ¡María!», y se echaron a llorar con gemidos que llegaban al cielo. Los verdugos remataron en pocos instantes a cada uno de los mártires.

Contexto de la presencia evangelizadora en Japón

El primer evangelizador del país del Sol Naciente fue Francisco Javier, que en 1549 desembarcó en Kagoshima, al sur de Kyushu. En los cerca de tres años de permanencia en Japón, Javier comenzó un trabajo de evangelización que sería continuado en los decenios siguientes, con muchas dificultades, pero también con buenos resultados, por los misioneros jesuitas que le sucedieron (Cosme Torres, Francisco Cabral, Gaspar Vilela y, sobre todo, Alejandro Valignano, defensor del método de la adaptación). Se calcula que, en poco más de treinta años, los cristianos habían alcanzado en Japón el número de doscientos mil. Nagasaki, al sur del país, se convirtió en el centro de la cristiandad japonesa.

Japón, tras un largo período de anarquía, estaba atravesando a mitad del s. XVI, cuando llegaron los primeros europeos, un proceso de reconstrucción de la unidad nacional y un reajuste institucional y administrativo dirigido por algunos jefes político-militares de gran relieve, entre los que destacaban las figuras de Toyotomi Hideyoshi (+ 1598) y de Tokugawa Ieyasu (+ I6I6). Japón vio en la presencia cristiana al sur un potencial peligro de invasión del país por parte de portugueses y españoles (estos últimos presentes en Filipinas).

En 1587 Hideyoshi emanó un edicto de proscripción de todos los misioneros, que debían, en consecuencia, abandonar el país. La medida —que no fue aplicada con excesivo rigor— sin duda puso un freno a la expansión cristiana, pero no dejó inactiva a la Iglesia japonesa.

En 1593, seis años después de la expulsión de los jesuitas (que hasta entonces habían sido los únicos evangelizadores), llegaron los franciscanos a Japón desde Manila. Estos inauguraron un estilo de presencia muy distinto, a menudo en contradicción con el de los misioneros anteriores (algunos de ellos escondidos, otros ya en sus países), que ponía en segundo plano la «adaptación», remitiéndose a las experiencias ya practicadas en América o también Filipinas. Este tipo de apostolado y, sobre todo, las repercusiones de la rivalidad político-comercial entre España y Portugal (a las que no todos los misioneros fueron completamente insensibles) volvieron a hacer mella en Hideyoshi, que también tuvo en cuenta la hostilidad anticristiana de los jefes budistas, temiendo una invasión de su país, favorecida por la obra misionera. A finales de 1596, Hideyoshi intervino drásticamente, ordenando el arresto y la ejecución de misioneros y cristianos. *(G. Politi)*

Composición, Manuel Longa Pérez